

DE LOS JUECES A LA MONARQUÍA

El relato del ungimiento de David como rey escogido por Dios se produce en una época caótica. Las doce tribus de Israel llevan mucho tiempo violando las reglas, principios éticos, metas y virtudes del liderazgo que Dios les había concedido como pueblo escogido. Los propósitos divinos para Israel se desarrollan en los libros de la Ley o Torá. Luego de la muerte de Josué, casi doscientos años de gobiernos cada vez peores de varios “jueces” (líderes temporales), Israel se encuentra en ruinas.

Derrotero del pueblo escogido

Los libros de Samuel, Reyes y Crónicas narran la intervención de Dios en el gobierno de Israel mientras el pueblo pasa de ser una débil confederación tribal a una monarquía prometedora. Luego la Biblia detalla el deterioro continuando de las siguientes generaciones de reyes que, con contadas excepciones, abandonan a Dios y sus enseñanzas.

Como sucedió desde el establecimiento del pacto mosaico, cuando el rey se mantenía fiel a Dios, la nación prosperaba; pero si el rey era infiel, se veían las consecuencias a nivel nacional. Por ello la historia del pueblo de Dios se cuenta principalmente por medio de las acciones de los altos líderes del gobierno y de la pureza y fidelidad de sus sacerdotes.

A partir de la división del reino, Dios trata particularmente con la dinastía davídica del reino del Sur, dejando librado al reino del Norte a un temprano deterioro espiritual, aunque las prósperas evidencias sociales y económicas no parecían prever una caída estrepitosa. Como preanuncio de este desenlace, Dios envió profetas verdaderos que advirtieron acerca el retiro de la bendición divina a causa de la insensibilidad espiritual de reyes cuyas dinastías nada tenían que ver con la línea de David. Elías, Eliseo, Amós, Oseas, Miqueas e Isaías fueron los portavoces de la decisión soberana del Señor.

Período de transición

El primer libro de Samuel narra la transición de Israel, desde una coalición inestable de tribus hacia una monarquía con un gobierno centralizado en Jerusalén. La historia comienza con el nacimiento y el llamado del profeta Samuel y continúa con el llamado de Saúl primero y posteriormente el de David y sus respectivos reinados. Esta es la historia de la formación del estado, la centralización del poder y la adoración, y el establecimiento de un nuevo orden social, militar y político.

Los peligros de la autoridad heredada

Con el ejemplo de Elí (Sumo Sacerdote y Juez de la familia levita de Itamar) y sus hijos, observamos que la autoridad heredada se muestra ineficaz cuando la siguiente generación no es educada en el temor a Jehová y en su responsabilidad de liderazgo espiritual. Esto se da por dos razones: la primera es que no hay garantía de que incluso los descendientes del líder más grandioso serán competentes y fieles. La segunda es que, con frecuencia, heredar el poder corrompe por sí mismo ya que resulta con frecuencia en complacencia o en la creencia de que se tiene derecho al poder. El trabajo del sacerdote es un cargo sagrado para Dios, pero los hijos de Elí lo ven como una posesión personal (1S 2:12-17).

Entonces Dios escoge a Samuel de la tribu de Leví (ver 1 Cr 6:32-37) quién se convierte en el líder de pueblo de Dios, no debido a una ambición egoísta o la creencia de que tiene el derecho a serlo, sino porque Dios le ha dado esa autoridad para guiar al pueblo hacia la sumisión al único y soberano Dios y a exhortarlos a cumplir los términos del pacto (1S 3:10-14). Durante toda su vida, Samuel recibió directa dirección del Señor (por ello este Juez fue llamado vidente o profeta).

Dios como un amuleto

Cuando los israelitas se encuentran agobiados por la insidia filistea, reconocen la derrota como una señal del retiro del favor de Dios. Sin embargo, en vez de examinar su culpa, arrepentirse y pedir la guía del Señor, tratan de manipular a Dios para que cumpla sus objetivos. Ellos toman el arca del pacto de Dios y la llevan a la batalla contra los filisteos, creyendo que el arca los haría invencibles y que manejarían el poder de Dios a su antojo. No era el arca sino la Ley que guardaba dentro, la instrucción que recordaba el carácter y los atributos de Dios que ya se había revelado a Israel en tiempos de Moisés. Los filisteos causan una gran derrota a Israel, capturan el arca, matan a los hijos de Elí quien fallece repentinamente al enterarse de la situación. A su vez, los filisteos reciben de parte del Señor lo que tanto temían y que sabían les había sucedido a los egipcios dos siglos antes: Dios manifiesta su poder desolador a través de plagas y por ello deciden devolver el arca a Israel. En los capítulos 5 a 7 se nos relata el liderazgo fiel de Samuel como juez y profeta del pueblo, quién los compromete a volver a Dios, reconocer su favor y cumplir su voluntad revelada (1 S 7:15-17).

Inicia la monarquía

Pero al igual que Moisés y Josué, que fueron líderes fieles al Señor durante toda su vida, Samuel envejeció y no tuvo en sus hijos un reflejo de la misma fidelidad ni compromiso con Dios. Es entonces cuando Dios, que es soberano del tiempo y de la historia (de las naciones y del pueblo escogido) acepta el pedido del pueblo de ser liderado ya no por un juez y sacerdote intercesor de la Teocracia, sino por un rey como las demás naciones (1 S 8:1-9).

En Deuteronomio 17:14-20, Moisés ya había profetizado este momento y también había advertido que una monarquía constituiría una carga monetaria para la economía del país, además de la servidumbre que requeriría. Pero una vez más, Dios utiliza los deseos de un corazón corrompido y rebelde para llevar adelante sus propósitos eternos.

El soberano consejo de Dios

Leí en un estudio acerca del inicio de la monarquía en Israel, que Dios les dio una forma de gobierno que no era parte de sus propósitos eternos, y creo que es un grave error de apreciación humana ya que ignora el consejo, la presciencia y sabiduría del Señor. Dios sí tenía bajo su propósito y consejo eterno el plan de nombrar a un ungido, pues así se llamó al rey de Israel. Lo que veremos a través de la historia de Saúl y David y del resto de los reyes de Israel es la distancia entre el liderazgo del hombre caído y el liderazgo divino, pues el propósito de Dios es establecerse a sí mismo como el único, poderoso, perfecto y eterno rey de su pueblo, por medio del preanunciado Ungido de Israel (ver Is. 9:6).

Así el rey de Israel vendrá a ser un tipo del Ungido o Mesías. El Señor Jesucristo es el único y perfecto Ungido del cual hablan muchas profecías bíblicas y lo señalan como el que reunirá toda autoridad bajo sus pies antes de entregar el reino al Padre (ver Fil 2:9-11). Que Jesucristo viniera al mundo como “Siervo Sufriente” siendo a la vez el Ungido prometido provocó en muchos israelitas confusión y

desilusión al verlo crucificado. Pero Jesús mismo explicó que las profecías acerca del Mesías apuntaban hacia él, incluso declarando que David, el gran rey de Israel, era inferior pues se declaró su siervo (ver Mr. 12:35-37, con Salmo 110:1).

Hoy la monarquía israelita ha desaparecido, pero todavía el descendiente de David, el Señor Jesucristo, espera ser entronado para que toda la Creación reconozca al Rey de Reyes y Señor de Señores, el Santo de Israel, la estrella de la mañana y el León de Judá.

Con esta introducción presentamos al siguiente escogido del Señor: el pastor y rey David.